

Truman en el discurso de Bush

HENRY RAYMONT

Boston. El resurgimiento de la imagen del presidente Harry S. Truman en el discurso político de Estados Unidos es una de las tantas incongruencias e ironías de la campaña presidencial de 1992. Es ya bastante notable que en este año electoral una nueva biografía de Truman, escrita por el popular historiador David MacCulloch, se convierta en *best seller* para transformar al otrora oscuro vicepresidente y senador de Missouri en un heroico arquitecto del liderazgo mundial de Estados Unidos y del repliegue de la Unión Soviética.

Sin embargo, ¿quién se hubiera imaginado a la luz de la derrota que el candidato republicano Dwight D. Eisenhower infligió a los demócratas en 1952, después de siete años de gobierno de Truman, que pasadas cuatro décadas otro republicano adopte a este último como su modelo?

No hay duda que cuando Bush evoca la memoria de Truman no piensa en 1952, sino en 1948. En ese año Truman, que llegó a la Presidencia por el repentino fallecimiento de Franklin D. Roosevelt en 1945, sorprendió al mundo político norteamericano ganando una elección que casi toda la prensa ya se la había regalado al candidato republicano, Thomas Dewey. Por cierto, una de las imágenes que más ha perdurado en la memoria política norteamericana es la famosa fotografía de un Truman sonriente con las manos en alto, sosteniendo la edición matutina del *Chicago Tribune* con un gran encabezado: "¡Ganó Dewey!"

No es de extrañar entonces que Bush estuviera ansioso de poner en el mismo predicamento a una prensa que pocas semanas antes de las elecciones estaba vaticinando su derrota, esta vez munida de refinadas encuestas públicas que todavía no existían en 1948.

Sin embargo, lo que parece incongruente es el afán de Bush por imitar no sólo la táctica de Truman del *whistle-stop* -usar las paradas de los ferrocarriles para llevar su mensaje al pueblo- en una era en que predomina la televisión, sino también su su estilo retórico, no obstante que en el contenido él y Truman son polos opuestos. Porque no hay que olvidar que Truman en su política doméstica todavía reflejaba la agenda social del *New Deal* de Roosevelt.

Por otro lado, el interés que Bush ha demostrado en Latinoamérica, especialmente en las relaciones con México, nunca fue compartido por Truman. La atracción de Bush por Truman lo ha llevado a compenetrarse en los pormenores de la vida y del estilo del ex presidente, a tal punto que no sólo leyó minuciosamente el *Truman* de MacCulloch, sino que invitó al autor a la Casa Blanca para una larga charla sobre el tema.

La verdad es que Bush, con su imagen elitista de graduado de Yale e hijo de un senador de familia patricia de Connecticut, se ha pasado la vida tratando de adquirir un estilo retórico rústico como el de Truman. El político de Missouri se convirtió en un candidato ya legendario a raíz de la campaña de 1948 por su combatividad, su retórica tajante y populista, y por su profunda experiencia en el manejo de los temas de política doméstica. Bush no cuenta con ninguno de esos atributos naturales, y por lo mismo se ha empeñado en aprender todo lo posible de la biografía de Truman mientras sus asesores de imagen se esforzaron por transformar su retórica, inicialmente poco feliz, hasta volverlo cada día más agresivo y convincente, como en aquella campaña de 1948 cuando el público le gritaba a Truman "Give them Hell, Harry".

En política exterior, que se considera su arma fuerte, es donde Bush también puede identificarse ideológicamente con Truman. Desde la década de los setenta Truman, que durante su presidencia había sido vilipendiado por los republicanos por ser "blando contra el comunismo", empezó a ser aclamado como santo de un influyente grupo de políticos de *línea dura*, compuesto por algunos demócratas capitaneados por el senador Henry *Scoop* Jackson y el ala derecha de los republicanos, opuestos a la política de *detente* de Kissinger.

Paulatinamente este grupo aclamaba a Truman como el primer estadista que supo oponerse a tiempo al expansionismo soviético, con su *Doctrina Truman* en defensa de Grecia y Turquía, el "Plan Marshall" para la reconstrucción de Europa, piezas clave en la política occidental de la posguerra.

Aunque Bush durante los setenta todavía era considerado un moderado, odiado por los derechistas, apenas se plegó al equipo de Reagan tomó la postura intransigente de éste, que incluía adoptar como suya la política anticomunista de Truman. Más recientemente, y especialmente durante la campaña, Bush se ufana de haber causado la caída del imperio soviético, por lo que le daba cierto aire caballeresco reconocer a Truman, un demócrata, como el padrino de la política dura con Moscú.

Ese gesto de generosidad, por cierto inusual durante una reñida campaña electoral, conlleva una intención: proyectar a Truman como parangón del patriota estadounidense de la Segunda Guerra Mundial que luego combate al comunismo con el mismo ahínco con que peleó contra el nazismo. Esa imagen patriótica era un arma obvia para enfrentar a los que se negaban a apoyar la guerra de Vietnam (como Bill Clinton).

Es significativo que el manejo electoral de la "renovada" figura de Truman ocurra en medio de una nueva ola de "revisionismo histórico", que provoca las más recientes interpretaciones de varias grandes figuras de la política norteamericana, incluidos Eisenhower, Johnson y Nixon, además de Truman. Ocurre

sin embargo que algunas de estas biografías revisionistas tienen un problema semejante al de la memoria: presentan en ocasiones lo deseado por el autor como sucedido; se impone el anhelo y se inventan hechos que pasan a conformar parte de una biografía; realidades que cobran existencia a partir de un deseo de enaltecer o perjudicar al protagonista histórico, dependiendo de la intención y del punto de vista del biógrafo.

MacCullogh, por ejemplo, enaltece la figura de Truman, refiriéndose muy por encima a anteriores "revisionistas" como Appelbaum Williams Appelbaum y Kolko que en sus análisis de la *guerra fría* sostenían que la poca experiencia de Truman en asuntos internacionales y la asesoría del secretario de Estado Dean Acheson, lo impulsaron a decidir acciones amenazantes que contribuyeron a que la Unión Soviética adoptara una política exterior más agresiva.

Así también, una reciente biografía caracteriza a Eisenhower como un *doctor Caligari*, que manipulaba a su gusto al secretario de Estado John Foster Dulles, mientras despreciaba a la prensa con una apariencia de hombre bucólico aficionado al golf, lo contrario de anteriores biografías en las que el papel de *Caligari* lo jugaba Dulles.

Lo notable de estas nuevas biografías que tienen cierta influencia en la opinión política de Estados Unidos es que, con muy pocas excepciones, omiten referirse a la actuación de estos jefes de Estado en la política interamericana. El caso del *Truman* de MacCullogh es clásico: en una amena y bien investigada biografía de casi 700 páginas, hay solamente dos escuetas referencias a Latinoamérica: una comenta la reacción iracunda de Truman al leer una columna de Drew Pearson, en la que pedía la renuncia de uno de sus ayudantes militares por aceptar una condecoración del entonces dictador argentino Juan Domingo Perón. La otra trata muy por encima el atentado contra Truman cometido por dos independentistas puertorriqueños, que terminó con la muerte de uno de ellos y de un policía de Washington.

Lo que, para mi asombro, no recoge el libro es el efecto negativo que tuvo la política de Truman en las relaciones con las otras repúblicas americanas, al concentrar todos sus esfuerzos en Europa y Asia y hacer caso omiso de las dificultades económicas y políticas que Latinoamérica empezaba a sufrir en los primeros años de la posguerra. Esto constituyó un golpe especialmente rudo, ya que esta política venía inmediatamente después del periodo de amistad y cooperación de la presidencia de Roosevelt. De hecho, Truman presidió durante el comienzo del desmantelamiento de la política del *Buen Vecino*, labor que Eisenhower completaría una década más tarde. Pero nada de eso menciona MacCullogh.

Incluso en las dos referencias de su libro sobre asuntos que atañen a Latinoamérica, el autor podría haber profundizado un poco. Por ejemplo, con respecto a Perón, fue durante los primeros años del gobierno de Truman que comenzó una política de acomodo con los dictadores latinoamericanos, siempre y cuando se declararan opuestos al comunismo.

En el caso de Puerto Rico Truman siguió la política de Roosevelt de otorgarle cada vez más autonomía, endosando primero la ley que le permitió la elección de su gobernador, como también la legislación que transformó el estatus de la isla de territorio a Estado Libre Asociado. Y ya que MacCullogh mencionó el fallido atentado contra la vida de Truman, hubiera sido menester dejar constancia de que el último decreto que firmó como presidente fue el indulto para el agresor sobreviviente, que había sido condenado a muerte.

Es necesario tomar en cuenta que desde las famosas declaraciones de Truman de que Estados Unidos no permitiría el expansionismo comunista en Europa, al colapso del imperio soviético, pasaron cuatro décadas. En ese periodo, y especialmente en los últimos dos años, ha habido un recomodo en el panorama mundial no sólo de las opciones geopolíticas sino de las jerarquías de valores. Eventualmente esto llevará a los futuros historiadores no sólo a tomar partido en torno a la *guerra fría*, sino a evaluar el legado de los presidentes en relación a cómo han sido afectados los principios fundamentales en que se basa el sistema constitucional de Estados Unidos, junto con los compromisos que éste ha contraído, como son el respeto de las soberanías y la no intervención. Pero ese ya es tema de otra colaboración.